

**LA EXPERIENCIA
DEL RESUCITADO:
UNA PRESENCIA
QUE DESENCADENA VIDA**

Juan Manuel Martín-Moreno

En "La fuerza de amar", M. L. King nos cuenta un acontecimiento muy significativo en su lucha por los derechos humanos. Después de un día fatigoso, recibió una llamada insultante y amenazadora. Al colgar no pudo ya dormir. Todos los temores se le cayeron encima a la vez. En la cocina, calentando un poco de café, estaba ya a punto de abandonarlo todo. Con la cabeza entre las manos oró en voz alta:

"Estoy aquí tomando partido por lo que creo es de justicia, pero ahora tengo miedo. La gente me elige para que los guíe, y si me presento ante ellos falto de fuerza y valor, también ellos se hundirán. Estoy en el límite de mis fuerzas. No me queda nada. He llegado a un punto en que me es totalmente imposible enfrentarme yo solo a todo."

En aquel instante, nos cuenta que experimentó la presencia del Señor como jamás la había experimentado hasta entonces. Podía sentir la seguridad tranquilizadora de una voz que le decía: "Toma partido a favor de la justicia, pronúnciate por la verdad. Dios estará siempre a tu lado". Al momento sintió que sus temores desaparecían. La situación seguía siendo la misma, pero Dios le había dado la tranquilidad interior. Cuando, tres días más tarde, pusieron una bomba en su casa, ni se inmutó (1).

La experiencia de esta presencia del Señor que fortalece, que ahuyenta los temores, es la manera actual como el Resucitado se sigue haciendo presente entre los suyos para animarles en sus opciones a favor del Evangelio. El tiempo de las apariciones no ha durado sólo cuarenta días, sino que llega hasta nuestros días.

1. Verdaderamente ha resucitado

La resurrección del Señor no tuvo testigos. Como reza un himno de vísperas: "No supieron contarlos los centinelas. Nadie supo la hora ni la manera". Este acontecimiento nos es accesible sólo a través de las experiencias de los apóstoles y la transformación de sus vidas. Pero "Jesús no vive gracias a la fe de sus discípulos. La Pascua fue primariamente un acontecimiento para Jesús mismo: ¡Jesús vive de nuevo *por obra de Dios como provocación a la fe*!" (2)

La resurrección de Jesús no significa meramente que la causa de Jesús siga adelante, o que se demuestre la validez de los principios en los que él creyó. No podemos prescindir de la realidad del Resucitado. "La causa de Jesús sigue adelante y tiene sentido, porque Jesús mismo no se quedó fracasado en la muerte, sino que, completamente legitimado por Dios, vive". (3)

Hans Küng contrasta esta objetividad de la resurrección de Jesús con lo que pudiera ocurrir a otros personajes de la historia que han pasado dejando huella. Jesús no vive porque es anunciado, sino que es anunciado porque vive. "Distinto de lo que ocurre con Lenin en el oratorio de Rodion Schtschedrin *Lenin en el corazón del pueblo*, donde el guardia rojo, junto al lecho de muerte de Lenin, canta: '¡No, no, no; no puede ser! ¡Lenin vive, vive, vive!'. Lo que indica que sólo sigue adelante la 'causa' de Lenin". (4)

Siendo esto verdad, tenemos que renunciar a imaginar

de cualquier modo la realidad de esta nueva existencia de Jesús fuera de nuestro espacio y de nuestro tiempo. La resurrección no es la reanimación súbita de un cadáver en un estado de rigidez, como si Jesús hubiese vuelto a la vida biológica anterior, al estilo de lo que le aconteció a Lázaro. Jesús no vuelve a los suyos como hubiera podido volver el rey D. Sebastián de Portugal o la controvertida gran duquesa Anastasia.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar en la existencia resucitada de Jesús sin necesidad de apoyos imaginativos. Puede ayudarnos un poco para esto ver cómo también los físicos renuncian a la imaginación a la hora de describir la naturaleza de la luz o el campo subatómico. Usan fórmulas matemáticas; pero, cuando acuden a esquemas imaginativos, no les importa que sean claramente contradictorios entre sí, y nos hablan de una realidad que se comporta a la vez como corpúsculo o como onda.

Tampoco nosotros debemos atarnos a imágenes concretas, y si las utilizamos como apoyos visuales, no nos debe importar que resulten contradictorias. ¿Qué más contradictorio que hablar de un "cuerpo espiritual"? (1 Co 15,44).

Künneth expresó felizmente la realidad de la resurrección como el paso a una "nueva dimensión", tan inimaginable como esas cuartas o quintas dimensiones que los matemáticos manejan con tanta soltura. (5)

2. Apariciones entonces y ahora

No debemos apoyarnos en los datos de las apariciones evangélicas para precipitarnos a sacar conclusiones demasiado "realistas" sobre la existencia resucitada de Jesús y su manera de relacionarse con nosotros. Los discípulos vieron el cuerpo del Resucitado, pero con "ojos no resucitados".

Lucas (¿médico?) es el evangelista que más ha tratado de subrayar la realidad corporal del resucitado y el tes-

timonio ocular de los apóstoles en un sentido objetivo. Come el pez asado y se deja palpar (Lc 24,39-43). Pero ni aun aquí podemos extrapolar estos datos. Meramente tratan de establecer la identidad entre el Jesús de antes y el de ahora, identidad que en la experiencia de los discípulos no resucitados necesita de esos apoyos imaginativos que pertenecen a la mediación psicológica de su existencia.

Los discípulos "vieron" al Señor a través de estas mediaciones de su cuerpo no resucitado, pero de ahí no podemos concluir que el cuerpo siga teniendo unos miembros. ¿De qué servirían ya una boca y un aparato digestivo cuando no hay necesidad de alimentarse? ¿De qué serviría un sexo cuando se vive ya sin casarse, "como los ángeles del cielo"? (Mt 22,30). San Ignacio "veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo, y la figura que le parecía como un cuerpo blanco, mas no veía ninguna distinción de miembros". (6)

Jesús, en sus apariciones, irá invitando precisamente a los suyos a que se vayan desprendiendo cada vez más de esos apoyos imaginativos, para poder entrar directamente en comunicación con él en la nueva dimensión en la que vive. A la Magdalena la invitará a "soltarse", a no querer aferrarse a este tipo de materialidad en su contacto y en sus encuentros con él (cf. 20,17).

El P. Rossi de Gasperis explicaba esto con una sugerente comparación. La cuarentena pascual marca una etapa transitoria en el aprendizaje de una nueva lengua. Los discípulos estaban acostumbrados a comunicarse con el Maestro en el lenguaje de los sentidos, pero ahora Jesús quiere enseñarles a comunicarse con él en un nuevo lenguaje: la lengua bautismal. El resucitado les enseñara la lengua nueva por el método activo, es decir, hablándola. Pero para los principiantes conviene hacer referencias al idioma antiguo, estableciendo los paralelismos y correspondencias entre los vocablos y expresiones de una y otra. Jesús se deja tocar, se deja ver, camina con los suyos, cosas todas ellas pertenecientes a su antigua existencia.

Pero sólo para que aprendamos a comunicarnos con él ahora en la lengua nueva, la lengua del espíritu.

Una vez aprendido el idioma nuevo, ya no hay necesidad de referirse al antiguo. El que domina un idioma no va traduciendo, sino que piensa ya en la lengua nueva. Es el momento en que cesan las apariciones de contenido imaginativo; han dejado de ser necesarias. Cuarenta días representan en Lucas el tiempo para una experiencia espiritual completa.

Ya está establecida la identidad del Jesús de ahora con el de entonces. Evocando el pasado, el Señor tranquiliza a sus discípulos sobre su identidad inalterada. "¡Ciertamente soy yo!". El Resucitado no es otro que Jesús el Nazareno (Hch 2,22-24). Cristo no es un símbolo a superar. "¡Es verdad!", ¡el Señor ha resucitado!" ("ontos egerthe": Lc 24,34).

Pero la identidad es del mismo tipo que la que existe entre la semilla y la planta crecida. "Lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo, por ejemplo, o de alguna otra semilla...". "Se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual" (1 Cor 15,37-44).

Por eso las "apariciones" a San Ignacio o a Martin L. King no son, en sustancia, diversas de las que tuvieron los apóstoles, aunque falte total o parcialmente el componente imaginativo. Es el Resucitado quien se hace presente al discípulo desalentado y tentado de regresar a Emaús para disipar su miedo y confrontarle con su presencia.

No tiene sentido ser demasiado explícito sobre la objetividad de las apariciones a los discípulos. ¿Qué habría visto un fariseo que estuviese fisgando por alguna rendija de las ventanas cerradas del Cenáculo? ¿Habría visto lo mismo que vieron los apóstoles?

A un teólogo ya anciano le acosaban unos inquisidores para que se definiese sobre la objetividad de las aparicio-

ciones de Jesús. En un momento le arrinconaron con esta pregunta: "Si Pedro hubiese tenido una cámara, ¿qué habría salido en la foto?". Con un buen sentido del humor contestó nuestro anciano teólogo: "Pedro se llevó tal susto al ver al Señor que, si hubiese tenido una cámara, se le habría caído de las manos y estrellado contra el suelo".

En realidad, la cámara no habría captado nada, y el fariseo fisgón tampoco. "Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros sí me veréis, porque yo vivo, y también vosotros viviréis" (Jn 14,19). El mundo tiene los ojos ciegos. "De esta presencia el mundo no sabe nada. Sigue como antes, yendo tras sus negocios. En el célebre cuadro de Rembrandt, la sirvienta continúa preparando la vajilla". (7)

3. Afinidad activa

Vosotros sí me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis. Para poder experimentar al Resucitado en su nueva existencia hace falta eso que se ha dado en llamar "afinidad activa" o lo que, en lenguaje más castizo, llamaríamos "ponerse en la misma onda". Los cristianos somos "hijos de la resurrección" (Lc 20,36). Este semitismo indica nuestra condición de vida resucitada. Sólo los resucitados pueden ver al Resucitado; sólo los vivos pueden ver al que vive. Y un cristiano ya ha resucitado. "Sepultados con él por el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios que lo resucitó de entre los muertos" (Col 2,12; cf. 3,1). "Estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo -por gracia habéis sido salvados- y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús" (Ef 2,5-6).

Dice al respecto González Faus: "Si la resurrección de Jesús incluye la nuestra, la aparición del Resucitado no puede ser meramente la visión de un objeto exterior al vidente y que no lo englobe, sino que, de la forma

que sea, tiene que ser también la experiencia que el vidente hace de sí mismo como resucitado (y de toda la resurrección universal)". (8)

Les pasó a los discípulos y nos pasa a nosotros. En su ilustración en el Cardoner, a Ignacio "se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento, y no que viese ninguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas... Y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas". (9)

Todo encuentro tiene una dimensión personal y personalizante. No puedo descubrir al otro sin descubrir al mismo tiempo lo mejor que hay en mí y en el mundo. María descubre el nombre del Maestro en el mismo momento en que escucha su propio nombre de labios de Jesús. Conocer es ser conocido.

J. Taylor, en un precioso libro sobre el Espíritu, describe las características de todo encuentro. Una de ellas es que la verdad del otro viene a revelarme mi propia verdad, y este descubrimiento es generador de un increíble potencial de vida y energía. "Un flash de mutuo reconocimiento tiene más voltaje que un rayo" (10).

Los apóstoles no son testigos de un acontecimiento que sólo pueda ser percibido al margen de la subjetividad. Existen, es verdad, algunos hechos intrahistóricos que acompañan la resurrección y que pueden ser percibidos objetivamente, al margen de cualquier significado subjetivo que se les pueda dar: la tumba vacía, la transformación de los testigos, el hecho de la Iglesia (con todas sus ambigüedades). Pero la resurrección misma y las apariciones no son hechos intrahistóricos que puedan ser percibidos al margen de la propia subjetividad del vidente.

En el caso de un hecho milagroso, podemos atestiguar el hecho mismo con toda certeza: "Fulano era un enfermo terminal de cáncer y se curó". De esto no cabe

duda. Hay testigos neutrales que dan fe de este hecho, aunque posteriormente se puedan atribuir muchos significados subjetivos: fue un milagro, fue un caso de autosugestión, hubo un poder medicinal desconocido... La subjetividad puede entrar en la valoración del significado, pero no en el hecho mismo. En cambio, en el caso de la resurrección el hecho mismo no es perceptible sino desde la subjetividad del creyente. "En la resurrección de Jesús el hecho y el significado coinciden. Por eso no es posible reducir la experiencia pascual a una pura visión objetual, en univocidad con nuestras percepciones visuales de un objeto". (11)

En definitiva, la última prueba de la resurrección del Señor es para cada uno el hecho de que me ha resucitado a mí. ¿Cómo podría, si no, resucitar a otros alguien que está muerto? ¿Cómo podría un muerto darme vida? Pero la vida de Jesús en mí es un hecho sólo directamente accesible a mi experiencia y no es directamente comunicable a los demás; es un argumento "personal e intransferible". Cada uno tiene que hacer su propia experiencia de vida y de resurrección. Los demás no pueden percibir directamente la vida que yo experimento en mí, sino sólo los indicios exteriores de la transformación que en mí se ha producido. Pero aun esta misma transformación, vista desde fuera, puede ser atribuible a otros factores distintos del encuentro con el Resucitado. Nunca es absolutamente concluyente para los demás.

Sin embargo, para mí mismo esa experiencia de vida es tan inmediatamente perceptible que puede llegar a ser incluso más evidente que cualquiera de los datos que recibo a través de mis sentidos tan engañosos. Puedo llegar a estar más cierto de la presencia invisible del Señor que de la presencia de alguien a quien veo sentado a mi lado.

La resurrección es un hecho ante el que no puedo ser neutral. Si lo creo, me transformo. El lenguaje que

nos habla de esta presencia es autoimplicativo. Creer en la resurrección es comprometerse con el hombre nuevo que ha empezado a existir en Jesús. En el propio lenguaje pascual queda implicado el compromiso de Dios con el hombre y del hombre con Dios.

Creer en la manifestación de Jesús comporta un riesgo: el riesgo de la fe. Por eso Santo Tomás dice que los discípulos vieron a Jesús con una "oculta fides", es decir, con "ojos creyentes". (12)

4. Intermitencia de los encuentros

La presencia del Resucitado entonces y ahora se nos ofrece de un modo intermitente. "Dentro de poco no me veréis, y dentro de poco me volveréis a ver" (Jn 16, 16.18). También nosotros podemos preguntarnos con los discípulos: "¿Qué es ese 'poco'?". Este 'poco' admite varias lecturas simultáneas. Jesús morirá dentro de poco, pero dentro de otro poco los discípulos le verán cuando resucite (Padres griegos). San Agustín prefiere ver en el segundo 'poco' el tiempo que ha de transcurrir hasta la parusía. (13)

La complejidad de estas lecturas nos lleva a una interpretación más global que expresa el carácter intermitente de las manifestaciones del Resucitado hasta que llegue el fin de los tiempos.

Esta alternancia o intermitencia se dio en el tiempo de las apariciones que duran escasos períodos de tiempo, y sigue dándose también ahora entre nosotros. Ha quedado perfectamente analizada en las reglas ignacianas para el discernimiento de espíritus. Esos 'pocos' que hay entre una manifestación de Jesús y la siguiente se nos hacen, desgraciadamente muy largos. (14)

Por eso "el que está en desolación, trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que 'presto' será consolado". (15)

Algún día desearía hacer un estudio paralelo entre dichas reglas de discernimiento y el sermón de la Cena, con sus alternancias de 'presencia y ausencia' ("Me voy y vuelvo a vosotros": Jn 14,28); 'alegría y tristeza' ("Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo": Jn 16, 20); 'visión y no visión' ("un poco y no me veréis, y otro poco y me volveréis a ver": Jn 16,16); 'ahora y más tarde' (Jn 13,36); 'comprensión y no comprensión' (Jn 13,7). Ya D. Mollat intuyó la importancia de este estudio comparativo. (16)

Por eso la presencia de Jesús entre los suyos no excluye definitivamente la incertidumbre y la duda. En el momento de su manifestación todo es claro y diáfano; pero, tras su ausencia vuelven otra vez las sombras de la duda. La manifestación es como un relámpago en la noche que nos ilumina momentáneamente el camino que más tarde habremos de seguir a oscuras. Caminamos sin ver, pero guiados por el recuerdo de lo que hemos visto. Este tipo de visión "intermitente" no elimina la fe.

En el primer día de la semana, Jesús se pone en medio de los suyos, "estando las puertas cerradas por miedo" (Jn 20,19). Después del inmenso gozo de la aparición, ocho días más tarde las puertas vuelven a estar otra vez cerradas (Jn 20,26). ¡Qué poco duran abiertas! ¡Qué corto es el efecto que produce en nosotros la presencia de Jesús y sus exhortaciones a no tener miedo! Un instante después de haberlo visto todo claro, volvemos a no entender absolutamente nada.

5. Variedad de las manifestaciones del Resucitado

Las manifestaciones del Señor en el Evangelio son tan variadas como las que tienen lugar en nuestra vida. Múltiples son los motivos que pueden bloquear el acceso a esta experiencia. En el caso de los discípulos en el cenáculo, se trataba del miedo. Puede ser también la desesperanza, como

en el caso de los de Emaús; o la incredulidad, como en el caso de Tomás; o las lágrimas de la Magdalena; o la culpabilidad de Pedro; o el fracaso apostólico de los pescadores del lago. Sin embargo en todos estos casos tan variados el Señor es capaz de atravesar esas barreras, aun cuando los discípulos se encuentran peor preparados psicológicamente.

San Ignacio nos habla también del poder del Señor para dar lo que él llama "la consolación sin causa precedente". (17)

Una vez la aparición es brusca, como en el caso ya citado del Cenáculo. Otras veces es paulatina, como en el caso de la Magdalena o de los de Emaús. En estos casos Jesús no es inmediatamente reconocible desde un principio. Se hace necesario un cierto proceso catecumenal de conversión progresiva reflejado en ese repetido "volverse" de la Magdalena (Jn 20,14-16). Las lágrimas la cegaban demasiado para poder pasar súbitamente de la tiniebla a la luz. En el caso de los de Emaús, el camino catecumetal es aún más largo. "Le falta a su ceguera la hermeneútica de Las Escrituras que el Señor les procura y por la cual calienta su corazón hasta la incandescencia. Al término de aquella lenta pedagogía la fracción del pan hará brotar la chispa. "Entonces le reconocieron" (Lc 24,16)".(18)

Unas veces la manifestación encierra una ambigüedad, nunca del todo disipada, que provoca extrañeza, estupor y aun duda en algunos de los presentes. "Al verle le adoraron; algunos, sin embargo, dudaron" (Mt 28,17). No es de extrañar, supuesto que los discípulos no estaban en su actitud más receptiva. Existe un instintivo temor a los muertos, que es aún mayor al temor a la misma muerte. Nos inquieta que puedan volver a turbarnos. El espectro o fantasma hace "gritar de terror" (Mc 6,49-50); en un primer momento, Jesús causa este espanto a sus discípulos (Lc 24,37).

Otras veces la manifestación es tan evidente que ahuyenta desde el principio todas las dudas: "Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: '¿Quién eres tú?'. Ya sabían que era el Señor" (Jn 21,12). De este último tipo fueron, sin duda, las manifestaciones recibidas por Ignacio en Manresa, cuando nos dice que, aunque no hubiese Escrituras, él se determinaría a morir por ellas y a creer por sus solas experiencias espirituales. (19)

En ocasiones, las apariciones tienen lugar cuando uno de los discípulos se encuentra solo, como es el caso de la Magdalena o de Santiago (cf. 1 Cor 15,17). Pero mucho más frecuentemente la aparición tiene lugar en un contexto comunitario y sacramental. Los evangelistas deslizan pequeñas alusiones que apuntan a contextos litúrgicos de la comunidad. Así, por ejemplo: la insistencia de Juan en los hermanos reunidos "el primer día de la semana" (Jn 20,19.26); la frecuencia con que aparece la comunidad reunida para comer (Lc 24,41-43; Jn 21,12-13). Y de un modo muy especial la fracción del pan en la escena de los de Emaús.

La comunidad es el lugar donde compartimos nuestras experiencias de encuentro con el Resucitado. Acudimos a ella semanalmente para contar emocionados cómo se nos manifestó en el camino a Emaús. En lugar de encontrar allí personas que se burlaban de nuestras experiencias, encontramos hermanos que nos acogen diciendo: "También nosotros hemos sentido lo mismo" (cf. Lc 24,33-35).

Y estando juntos "hablando de estas cosas" (Lc 24,36), nuevamente se hace presente en medio. Sólo lo puede entender aquel que en alguna eucaristía o en algún momento de oración carismática (entiéndase *carismático* con o sin comillas), ha palpado su presencia misteriosa; cuando ha ardido nuestro corazón, y nuestros labios han confesado: "Es el Señor" (cf. Jn 21,7).

Son muchos los lugares donde puede tener lugar este encuentro. En la búsqueda y en las lágrimas derramadas por su ausencia: en el estudio de las Escrituras; en los signos sacramentales; en el monte y en el mar; en la dura brega de las faenas apostólicas; en la vuelta a Galilea a nuestros primeros recuerdos de su ternura y de su amor. La resurrección nos invita a ver ahora por todas partes del mundo al Señor desaparecido.

Notas:

1. M.L.King, **La fuerza de amar**, Barcelona 1968, p. 122.
2. H. Küng, **¿Vida eterna?**, Madrid 1983, p. 180.
3. Ibid., p. 179.
4. Ibid., p.181.
5. W. Künneth, **Theologie der Auferstehung**, Munich 1951, p.29.
6. **Autobiografía**, Nº 29.
7. J. Laplace, **Diez días de Ejercicios**, Santander 1987, p. 159.
8. J.I. González Faus, **Acceso a Jesús**, Salamanca 1978, p. 133.
9. **Autobiografía**, Nº 30.
10. J. V. Taylor, **The go-between God**, Londres 1972, p. 16.
11. J.I. González Faus, **op. cit.**, p. 139.

12. **S. Th.**, 3, q. 55, a. 2, ad 1.
13. **PL.**, 35, 1985.
14. **EE.**, 13.
15. **EE.**, 321.
16. D. Mollat, "St. John's Gospel and the spiritual Exercises", en **The Word of God and the Spiritual Exercises**, Roma 1979, pp. 101-119.
17. **EE.**, 330.
18. A. Manaranche, **Un camino de libertad**, Madrid 1972, p. 159.
19. **Autobiografía**, Nº 30.

Tomado de **Sal Terrae**, Nº 3 (896), marzo 1988, pp. 163-173.